





# EL ALMA DEL CUERVO



# EL ALMA DEL CUERVO

Maria Luisa Penín Navascués  
Barcelona, 2025



Primera edición: noviembre, 2025,  
Título original: *El alma del cuervo*  
Diseño de cubiertas: Núria Penín Navascués.  
Dirección del proyecto:  
Núria Penín Navascués  
M<sup>a</sup>. Luisa Penín Navascués

©Nuria Penín, 2025.

©Nuria Penín, 2025.

©De la presente edición en castellano:

La gata con gafas, Ediciones Transmedia  
Carretera de la Bordeta, 53, 1<sup>o</sup> 4<sup>a</sup>.  
Barcelona-08014  
Tel. 601097611  
E-mail: lagatacongafas@historiasdondevivo.com  
www.lagatacongafas.com

© Imagen de cubierta: Adobe Stock, everettovrk.

Ejemplar gratuito.

Cualquier forma de reproducción, distribución o comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, a excepción de lo previsto por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos), [www.cedro.org](http://www.cedro.org) en caso de que necesite fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

*La línea entre víctima y verdugo es tan fina,  
que hay veces que se puede tener un pie en cada lado.*

OFF\_THE\_RACCORD (INSTAGRAM)



*A mis padres,  
que me transmitieron el mejor  
de los legados:  
su capacidad para afrontar  
la adversidad*



## NOTA DE LA AUTORA

Esta novela está inspirada en el relato *Berenice* del escritor de terror gótico Edgar Allan Poe. En la versión original, el protagonista, Egeus, a menudo sufre crisis de ensimismamiento. Durante estos episodios su mente se concentra en un objeto corriente y lo analiza con un detalle enfermizo, que se convierte en una obsesión que desencadena graves consecuencias.

En la versión de Poe, Egeus se obsesiona con los dientes de su prima Berenice. Aunque el nombre de la joven aparece en el título del relato, en el transcurso de la historia, el personaje aparece totalmente desdibujado. De hecho, no representa ningún papel, no tiene voz. Yo he pretendido dársela.

En mi versión, Berenice se convierte en el personaje principal del relato, tomando las riendas del mismo y es Egeus quien representa un papel secundario. He decidido mantener el personaje masculino para rendir homenaje a Edgar Allan Poe y a la versión que me ha servido de inspiración.

El personaje que actúa como contrapunto de Berenice en esta novela que tienes entre manos es Thanos, que encarna el espíritu del Egeus de Poe. Thanos expe-

rimenta esas crisis de ensimismamiento que aparecen en el original, pero de un modo muy distinto, a todas luces contrapuesto, como pronto comprobarás.

Mi objetivo ha sido retratar la arquitectura de una obsesión y poner de manifiesto que la línea que existe entre la víctima y el verdugo, en ocasiones, puede ser peligrosamente difusa.

Espero que disfrutes de la lectura.

María Luisa

## CAPÍTULO II PROPOSITUM

*Londres, 10 de septiembre de 1862*  
*Ocho años después.*

Se moría. Berenice era plenamente consciente de que su vida terrenal tocaba a su fin. Habían transcurrido veinte años desde el día de su nacimiento. Veinte años de existencia monótona y anodina. La frustración que sentía era casi tan profunda como la ira.

Aquella noche se celebraba un baile en su honor. El salón se hallaba atestado de gente desconocida que fingía divertirse a pesar de que él se había presentado allí.

Oh, sí, era él...

Lamentó no poder ejercer como anfitriona durante la velada. Él siempre había acaparado la atención, para bien o para mal. Y parecía que estaba a punto de ocurrir de nuevo.

La joven que, a causa de su mala salud siempre se había visto apartada de los eventos sociales, se dejó envolver por sus recuerdos...

Cuando nació, sus padres delegaron sus cuidados en sus niñeras y su educación en una institutriz, que la había aterrorizado casi tanto como Thanos. Llevaban nueve años sin verse, pero ahí estaba su primo, al fin, intentando pasar desapercibido, ocultándose, cobarde, en la penumbra.

Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. No era justo, ¿tenía que aparecer ahora que se sentía tan débil, tan frágil? ¿Quién se había atrevido a invitarlo?

Berenice sintió que el corsé recién estrenado le cortaba la respiración. Su madre le había regalado uno para que pudiera experimentar antes de morir el poder que imprime la vanidad femenina. Su pecho ascendía y descendía violentamente a causa de la falta de aire. Sintió el borboteo ronco que producían sus pulmones y el sabor de la sangre entre los dientes.

Se percató de que Thanos sonreía con la mirada perdida en alguna parte. Seguramente se hallaba sumido en alguna de sus fantasías recurrentes. Berenice se sintió traicionada e indefensa. Thanos, Señor de los Muertos. ¿Por qué no haces honor a tu nombre y desapareces, tú que siempre has despreciado la vida?, pensó. «Te odio tanto que te mataría con mis propias manos. No sabes cómo disfrutaría de tu agonía....»

Berenice, de forma instintiva, se llevó la mano a la espalda, intentando desabrochar el corsé. Se ahogaba. Una mano tibia y cariñosa le aflojó algunos lazos discretamente y su agitada respiración se normalizó. «¿Qué haría yo sin ti, querida Shellon?», murmuró la joven con su mirada fija en el hombre que había hecho de su infancia un infierno.

«Pero ¿a quién quiero engañar?, se lamentó. ¿Cómo puede ser posible que, a pesar de lo vivido, me inspires tal compasión? Si conocieras mis verdaderos sentimientos, primo, a buen seguro se borraría esa estúpida sonrisa de tu cara. Sé que no soportas que te comadezcan y eso juega a mi favor. Odiarías ser consciente de la lástima que me inspira el niño que fuiste».

—¿Te encuentras bien, querida? ¿Necesitas algo?  
—La hermana Shellon le retiró el cabello de la frente. Berenice negó con la cabeza, sumida como estaba en sus pensamientos.

«Pero, oh, señor. La angustia anida en mi pecho al saber tan cercano mi viaje final. A pesar de este pensamiento noble, no viene a mi corazón el perdón. Temo que este sentimiento amargo me cierre las puertas del Cielo, pero no puedo evitar sentirme así. Mi alma necesita paz en estos últimos tiempos, pero mi corazón exige justicia. ¿Cómo podré abrazar a la Muerte y entregarme totalmente a ella si el daño no ha sido reparado?».

Berenice contempló con detenimiento al joven que tanto despreciaba. Su silueta negra y esbelta podría considerarse atractiva, pero el parche oscuro que cubría su mejilla y la profunda cicatriz que se hundía en su rostro le conferían un aire despiadado. Se sintió satisfecha al comprobar que su presencia desagradaba a los asistentes, que se apartaban con discreción para evitar saludarlo.

Acomodada en el diván, buscó a su madre entre los invitados. Ah, sí. Allá estaba, en un rincón discreto del salón, conversando animadamente con el pastor Caleb; seguramente preparaban su funeral. Le gustaría

experimentar el amor filial antes de afrontar la muerte, pero no sentía otra cosa que un profundo desprecio.

«¿Porque no me protegiste, madre? No me inspiras ningún tipo de afecto. ¿Cómo puedo abandonar este mundo sintiendo tanto rencor? Me gustaría marcharme con la sensación que proporciona la plenitud de lo vivido, fundirme con el Universo envuelta en bellos recuerdos... pero tal plenitud, jamás la he sentido; los bellos recuerdos no me vienen a la mente ni tampoco acierto a conformarme. No sé cómo llenar este vacío en el poco tiempo de que dispongo para encontrar el camino».

La hermana Shellon, sentada junto a ella en el diván, sintió que Berenice se agitaba y acarició sus rizos oscuros para tranquilizarla.

«Querida Shellon. Ojalá encontrara consuelo en tus palabras. ¿Cómo es posible odiar y compadecer al mismo tiempo? Si tú supieras... todavía recuerdo su mirada de superioridad masculina y el placer que sentía al vaciar sobre mí su rabia. Lo aborrezco. Lo digo de corazón.

Berenice sintió las manos frías de la monja sobre su frente templada.

«¿Por qué mis padres me han tratado siempre como si mi vida no tuviera ningún valor? Hermana Shellon, ¿por qué los hombres se sienten poderosos ante nuestra indefensión? ¿Por qué mi madre admitió como natural y aceptable semejante abuso? Cuando era niña, el padre Caleb me explicó que estaba en mi condición femenina callar y sufrir en silencio. Que así allanaban, las mujeres, su camino hacia el paraíso.

Eso hice y así me encuentro».

La orquesta había comenzado a interpretar los primeros acordes, así que la música devolvió a Berenice al presente. La distancia que la separaba de su madre le impedía escuchar la conversación que esta mantenía con el párroco:

—Donde hay un desafortunado, Dios envía a un perro —susurró el pastor con ironía, remarcando la última palabra mientras contemplaba a la monja con desprecio.

—Es usted cruel. —Clarence ya no sonreía. Jugaba con la llave que pendía de la cadenita que, a su vez, colgaba de su cintura.

—El demonio adopta formas inusuales para conquistar el alma de los mortales.

—La hermana Shellon no es el diablo. —Su respuesta fue seca y contundente—. Y si lo fuera, no me importaría si consiguiera reconfortar a mi pobre niña en su trance.

El reverendo Higgins se calló una respuesta contumaz. Sabía que no era el momento. Pero el momento llegaría, Dios mediante.

—No, no es el diablo, pero es católica, querida señora. Católica, altanera y desobediente. Y por ello recibiré, en su momento, el castigo merecido. Pero Dios la perdona a usted. Ha sufrido tanto dolor... primero la pérdida de su esposo; ahora, la agonía de la pequeña.

Clarence contempló al sacerdote con dureza. En ocasiones, el alzacuellos le venía holgado.

—Tengo que saludar a uno de mis invitados, discúlpeme, padre.

El cura asintió e inclinó levemente la cabeza:

—Vaya con Dios, amiga mía.

Berenice observó a su madre mientras esta avanzaba entre la multitud ruidosa y cantarina. Dios no había bendecido a sus padres con el ansiado varón, que hubiera heredado la fortuna y la empresa familiar. Es cierto que hubo un niño, pero murió y su mente decidió desterrar cierto acontecimiento desafortunado que ocurrió meses después. Así que, cuando Thanos llegó a sus vidas, once años atrás, concentraron sus esperanzas en él y Berenice quedó relegada a un discreto segundo plano. De nuevo otra vez...

Durante sus primeros años, el hijo de su tía Elysa y de aquel cuyo nombre se negaban a pronunciar, había sido el juguete preferido de sus padres, pero cuando el pequeño llegó a sus vidas, ella se volvió invisible, innecesaria. Prescindible.

Thanos tendría unos quince años cuando apareció de improviso en su hogar. Desnutrido, descalzo y terriblemente huraño. Pero lo peor es que apestaba. Su piel emanaba un olor muy peculiar. Olía a tierra húmeda, a flores marchitas y a cadáveres en descomposición. Berenice lo interpretó como una señal de mal augurio, pero sus padres experimentaron una profunda piedad; pensaron que el pequeño había sufrido terribles penalidades. En cierto modo se sentían culpables, así que lo acogieron con cariño y se mostraron compasivos: el calor de un hogar cristiano le devolvería la capacidad de experimentar el amor.

Berenice era consciente de que sus padres habían previsto que, en el futuro, su sobrino asumiera las obligaciones y disfrutara de los privilegios que habrían co-

rrespondido a su primogénito. Esperaban que, a pesar de su orfandad, con una educación esmerada y un trato amable conseguiría superar el trauma causado por la muerte prematura de sus progenitores.

Pero Thanos fue un niño temible; se mostraba tan sádico y desalmado, que las esperanzas que sus tíos habían depositado en él se disiparon como la niebla cuando es abatida por el Sol. La férrea disciplina a la que su tío lo sometió para enderezarlo, los castigos que le infligió, no lo amedrentaron ni contribuyeron a mejorar su conducta; se diría que consiguieron el efecto contrario. Con el tiempo, Thanos se acabó convirtiendo en un terreno pedregoso. En un campo baldío en el que ningún sentimiento hermoso podría brotar.

Aquel niño parecía inmune al dolor que le producía el castigo físico, pero en realidad no lo era. En absoluto. Descargaba la rabia contenida en Berenice, que lo temía tanto que llegó a pedirle a Dios que se la llevara al Cielo para sentirse a salvo.

El ritmo ternario del vals le recordó que debía disfrutar de la fiesta, ya que había cumplido veinte años y no cumpliría otro más. En la pista de baile, un racimo de parejas se deslizaba sobre la mullida alfombra, al compás de la música. Pero la muchacha solo podía pensar en la muerte. No podía evitarlo. En pocas semanas su cuerpo sería devorado por los gusanos, así que necesitaba asimilarlo. Y justo por ese motivo, a pesar de que la fiesta se celebraba en su honor, los invitados apenas la miraban y mucho menos se acercaban a saludarla.

Berenice lo entendía. La tuberculosis era una enfermedad contagiosa, así que todos temían por sus pa-

dres y hermanos. Temían por sus sobrinos y por sus hijos. Temían, incluso, por sus criados. La personificación de la Muerte en aquella joven mujer los aterrorizaba, así que, para evitar situaciones desagradables, su madre la había acomodado en un rincón de la sala. Así estaba sin estar del todo: más ausente que presente. Invisible para casi todos.

Ella era consciente de que la tisis avanzaba implacable. Pronto viajaría en el tren que la conduciría hacia su destino final: un lecho pétreo en la cripta que sus padres poseían en el cementerio familiar. Podía observar las tres torres góticas del mausoleo desde su posición.

Una lluvia fina repiqueteaba en los cristales, así que, como nadie le prestaba atención, decidió desconectar. Cerró los ojos y fingió que dormía, sumergiéndose en un estado de profunda introspección. Llevaba tiempo intentando familiarizarse con ciertos aspectos del tránsito que pronto experimentaría, para que, llegado el caso, algunas sensaciones desagradables le resultaran conocidas. A menudo recreaba el momento en que su espíritu se desprendería de la tosca materia para experimentar las ventajas derivadas de una existencia etérea. Sinceramente, no temía convertirse en nadie, porque había experimentado aquel estado durante buena parte de su juventud. Había crecido siendo nadie para todos menos para Thanos. Su padre y su madre la ignoraban porque la creían bien atendida por el servicio, durante aquellos años en los que vivieron en la casa de campo que poseía la familia en Bybury, así que era él quien la entretenía, haciéndola partícipe de sus aficiones despreciables.

Pero tenía que reconocer que, tras la desdicha que experimentó durante los primeros meses de convivencia, se había resignado. Había, incluso, disfrutado de sus ataques. De hecho, los esperaba, los saboreaba, porque, cuanto más la martirizaba Thanos, mayor era su deseo de venganza: una emoción poderosa que jamás había experimentado. Una emoción que la hacía sentirse increíblemente vital.

Así que, en aquellas ociosas tardes de verano, en su mente iba cobrando forma una idea... Realmente disfrutaba de sus maquinaciones. Le proporcionaban mucho más placer que sus estudios y sus labores. Así que, sin saber cómo, se descubrió esperando que su primo la molestara para continuar urdiendo, fraguando, fabulando, hasta que aquella idea peregrina cristalizó en un plan brillante y macabro. Cuando llegara el momento, ni antes ni después, Thanos recibiría su merecido.

Pero, lamentablemente para Berenice, las pequeñas infamias de su primo se descubrieron. Y, entonces, en el año 1854, debido a un desgraciado incidente al que nadie osaba referirse, su padre falleció. Su madre, terriblemente conmocionada, organizó el traslado de ambas al número siete de Park Village West, en Londres, un lugar en el que encontraron refugio y el cariño de una comunidad religiosa femenina a la que Clarence había beneficiado con sus donaciones.

A Thanos, se le ordenó que permaneciera en la finca, al cuidado de los criados y de un tutor que se encargaría de su educación. La muchacha se sintió aliviada y disgustada al mismo tiempo. Por fin se libraría de aquel demonio, pero no podría vengarse y la sola idea

de que sus vilezas quedaran impunes la sumía en un estado de melancolía que acabó inquietando a su madre.

En muchas ocasiones se había preguntado qué había sido de su primo. Clarence había experimentado un amargo remordimiento durante años, lamentando haber abandonado al chico. Incluso, había llegado a pensar que, habiendo faltado a la palabra dada tiempo atrás, Elysa la había castigado condenando a muerte a su pequeña Berenice.

Pero, bien entrado el otoño, Clarence había recibido una carta del joven y sintió cierto alivio, así que se dispusieron a regresar al hogar que habían abandonado de un día para otro. Thanos le agradecía sus cuidados disculpándose por haberse mantenido a distancia. Con la generosa cantidad mensual que le había asignado para sus gastos había viajado a los Estados Unidos junto a su tutor, había estudiado y había adquirido cierta reputación en la práctica de la investigación forense. Así que le agradecía que le hubieran dado la oportunidad de ejercer una disciplina que lo apasionaba: observar, deducir y experimentar con la naturaleza muerta. También les anunciaba que pronto les haría una visita.

Así que, aquella tarde, cuando Berenice lo vio entrar en la sala de baile después de tantos años, recibió una fuerte impresión, pero se recobró enseguida y de la náusea pasó al regocijo, pensando que, quizás, solo quizás, todavía tendría tiempo para culminar su *propositum*.

La tormenta arreciaba y el sonido de la lluvia la reconfortó. Desconectó, fatigada, sumiéndose, de nuevo, en vagas ensoñaciones. En aquella ocasión, se ima-

ginó en su sepultura, sintiendo la tierra húmeda y fría sobre su piel, entre los dedos de sus pies, enredada en su pelo, entre sus dientes, en sus oídos, en su garganta, debajo de las uñas...

Cuando se sumió en su letargo, sintió de nuevo la presencia de la Muerte. No era la primera vez que la visitaba, al contrario, últimamente lo hacía con frecuencia. Se situaba a los pies de su cama sin acercarse demasiado, se diría que para no agobiarla. Algunas veces, se tumbaba a su lado, arropándola con su energía, suave y amorosa, algo que no le desagradaba en modo alguno, así que, al sentirla de nuevo en aquel momento, Berenice se limitó a suspirar. En su mente escuchaba los ecos del El invierno de Vivaldi mientras sentía su caricia inquietante, poderosa. Un roce denso, espeso, similar a un cosquilleo, que era invisible para sus ojos, pero muy real para su piel.

La Muerte siempre le había parecido un concepto abstracto, pero ahora se había convertido en una vieja conocida. Siempre estaba ahí: lo suficientemente lejos en algunas ocasiones, pero, en otras, inquietantemente cerca. Intentaba acostumbrarse a ella y a menudo imaginaba los efectos que su abrazo definitivo produciría en su cuerpo y en su espíritu. Pensó en el olor dulce y afrutado que emanaban los cadáveres en descomposición y sintió que, poco a poco, ese olor se le iría agarrando a la piel. El hedor la invadiría, la poseería, se alimentaría de su tierna coraza material, humana e inerte.

Berenice abrió los ojos y suspiró: el encanto del momento se había disipado, así como la presencia de la vieja diosa Morta. Entonces, observó que Thanos se

fundía en un abrazo con su madre y sus ojos se anegaron en lágrimas. Y, justo en aquel momento, él levantó la mirada y se percató de su presencia. Para no darle el gusto de parecer interesada se esforzó en mostrarse indiferente.

«Veinte años, ni uno más», recordó. Y en aquel momento, experimentó un terror infinito. Un desasosiego y una ansiedad tan intensos, que a punto estuvo de perder el conocimiento. A pesar de ello no tardó en recuperarse: no podía perder el escaso tiempo de que disponía lamentándose, tenía que concentrarse en vivir, así que levantó los hombros y le dedicó un parpadeo limpio, casto, mentiroso. Le sonrió abiertamente...

Thanos la miró con el entrecejo fruncido, tratando de leer, con ayuda de su inteligencia felina, los dardos funestos que Berenice le lanzaba en forma de pensamientos. La chica, al comprobar que había conseguido su propósito, decidió retirarle su atención: cerró los ojos de nuevo. Intentó relajarse y despertó tumbada en un lodazal, en la ribera del Aqueronte...

Imaginó un río de hormigas que, como soldaditos disciplinados, caminaban sobre su piel formando hileras ordenadas que picaban, mordían, pellizcaban...

Pero no sentía dolor. Solo una quemazón irritante, perfectamente soportable. Una sensación que, tal vez, su alma recordaría, porque todavía no habría logrado desprenderse de su envoltura terrenal. Una polilla imaginaria se introdujo en sus fosas nasales intentando abrirse camino hacia la tráquea para desovar en la cálida cueva de su garganta.

La joven no veía nada, pero lo sentía todo. Sen-

tía la escurridiza y pegajosa presencia de las larvas que anidaban bajo los pliegues de sus axilas. Le hacían cosquillas, lo notaba. Y podría decirse, incluso, que la sensación le resultaba placentera.

De pronto, notó un hedor conocido y se despertó. En efecto, tal como temía y, al mismo tiempo, deseaba, allí estaba él, cada vez más cerca. Apoyado en una columna con una copa en la mano y pensando en voz alta, Thanos gesticulaba y asentía como si dialogase con una persona que solo parecía existir en su imaginación. Sonreía sin dejar de hablar y la miraba como si la viera por primera vez.

Entonces, dejó la copa de vino sobre una mesa, caminó hacia ella con paso seguro y se detuvo a un metro escaso, inclinándose con elegancia a modo de saludo. Ella le correspondió ladeando levemente la cabeza. Berenice bajó la mirada simulando contrición y él sonrió precavido. Visto de cerca se le veía mayor, incluso atractivo, a pesar de la cicatriz que le cruzaba la cara. Ella descubrió que ya no tenía miedo. La esperanza de una vida futura le había sido arrebatada, así que, lamentablemente, no había nada que temer. La joven tosió, se llevó un pañuelo a los labios y escupió un esputo sanguinolento. Thanos percibió el gesto y se acercó prudentemente. Cogió el pañuelo y, con delicadeza, le limpió la comisura de los labios donde habían quedado algunos restos de sangre oscura. Berenice se fijó en la forma como Thanos observaba el pañuelo; lo hacía como si se tratara de una evidencia científica que requería de toda su atención. Durante años había sido testigo de sus numerosas crisis, de aquellos estados de ensimismamiento

que algunos médicos habían diagnosticado como cata-lépticos y que ella había aprovechado para escapar cuando la obligaba a participar en alguno de sus experimentos. Thanos no podía retirar la vista de aquella mancha de sangre, que encontraba absolutamente fascinante: tejido deliciosamente enfermo, sin duda. Se imaginó el cuerpo desnudo de la joven y, dejándose llevar por su imaginación, se hizo pequeño, pequeño, tan diminuto como una mota de polvo. Después, se coló en el interior de aquel organismo fascinante a través de uno de los poros de su piel. Se introdujo en su torrente sanguíneo y se dejó arrastrar por el cálido líquido que discurría a través de arterias, venas y capilares, recorriendo su organismo doliente.

Dominado por su fantasía, Thanos buceó entre eritrocitos y plaquetas. Cabalgó sobre los blancos monocitos, navegó entre linfocitos, neutrófilos y macrófagos. Se sumergió en el plasma disfrutando de su viscosidad: agua, sales minerales y proteínas. Gozó de cada momento en que permaneció suspendido en las células sanguíneas de aquella mujer.

Berenice esperó a que el hombre regresara al momento presente. Cuando lo hizo, le regaló una mirada lánguida y sensual. No hubo palabras entre ellos, pero, sin duda, algo había sucedido. Algo incomprensible y, en cierta manera, aterrador. Ella intuía que, por alguna razón que desconocía, Thanos intentaba seducirla. Entonces, la joven experimentó una suerte de epifanía. En aquel instante, tuvo la impresión de que el momento que había esperado durante tanto tiempo se acercaba.

Solo necesitaba vivir un poco más.

—¿Me concedes este baile? —preguntó Thanos extendiendo una mano hacia ella.

Berenice salió de su sopor y descubrió que el rostro del joven estaba prácticamente pegado al suyo. Percibió aquel olor que le había repugnado cuando era niña, pero que, con el paso de los años, apenas resultaba evidente. Se inquietó al notar que su cuerpo se estremecía a causa del deseo.

—Búscame en el infierno —respondió, coqueta, acercando sus labios cuarteados a su oído—, porque solo allí bailaré contigo.

Thanos le cogió la mano enguantada y la sostuvo con firmeza. Ella no lo sabía, pero se sentía extrañamente excitado. Entonces, la miró inquisitivo.

—¿Por qué no imaginamos que ya estamos allí? Estás preciosa, querida prima. Definitivamente arrebatadora. Me has robado el corazón.

Thanos depositó un beso casto y sugerente en la nuca de la chica. Lo hizo a cámara lenta; exhaló un vaho templado que encendió los instintos de la joven y rozó la piel pálida con sus labios y con la punta de su lengua. Berenice se sintió desbordada a causa de las sensaciones que experimentaba por primera vez.

—Dime, Berenice. ¿Qué harás con mi corazón ahora que sabes que es tuyo?

Bereniceladeó la cabeza para sentir el cabello del joven sobre su piel. El rubor febril que teñía sus mejillas se acentuó.

—Querido primo, lo aplastaré con mis puños y arrojaré los restos a mis perros.

Thanos, visiblemente desconcertado, la ayudó a

levantarse; no supo reaccionar ante su agresión. Su respuesta lo había cautivado, lo había seducido como no había hecho antes ningún otro ser humano. La miró con admiración y, por primera vez en su vida, con respeto.

Cogidos de la mano caminaron hacia el centro de la sala. No se percataron de que muchos de los presentes se habían apartado mirándolos con curiosidad. Los músicos interpretaban los primeros compases de *El vals del Minuto*. Thanos y Berenice se deslizaban, elegantes, cómplices, por la pista, encajando sus cuerpos ante la sorpresa de los presentes. Aquellos que desconocían lo que había ocurrido entre ellos podían pensar que estaban enamorados.

Clarence miró a su hija y a su sobrino. Los jóvenes giraban. Giraban y sonreían. La mujer experimentó una desagradable aprensión y se llevó una mano al pecho conteniendo la respiración. La hermana Shellon también los miraba con desconfianza. Thanos estaba a la expectativa. La aceptación, la entrega de su nueva musa lo había sorprendido. Su entrega lo confundía, lo desconcertaba, le provocaba un estado de alerta que le resultaba exquisitamente placentero. Berenice apoyaba la cabeza sobre su pecho con los ojos entornados y apretaba los labios intentando recuperar el control.

Un relámpago seguido de un trueno violento provocó que la orquesta dejara de tocar. Todos cuchicheaban asustados, pero, aun así, se acercaron a la ventana para disfrutar del poder de la tormenta. Thanos los siguió hipnotizado, embriagado por el poder de la naturaleza. Berenice emprendió el vuelo...

*Continuará...*